



98ª SESIÓN DE LA CONFERENCIA INTERNACIONAL DEL TRABAJO

## **DISCURSO DEL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA, NICOLAS SARKOZY**

(Ginebra, 15 de junio de 2009)

Señoras y Señores Jefes de Estado y de Gobierno,  
Señor Presidente de la Conferencia,  
Señor Director General,  
Señoras y Señores Ministros,  
Señoras y Señores representantes de los trabajadores y de los empresarios:

Dentro de unos días la OIT celebrará el 90º aniversario de su creación. Si he respondido a la invitación del Director General Somavia –cuya acción ejemplar al frente de la OIT saludo– es porque he querido rendir homenaje a la organización internacional más antigua y al papel que desempeña desde el final de la I Guerra Mundial.

Entre quienes conocieron la guerra, sus muertes, sus sufrimientos, algunos hombres de buena voluntad se alzaron y exclamaron "¡Nunca más!". Querían fundar las relaciones entre naciones "en la justicia y en el honor". Querían que el derecho se impusiera sobre la fuerza. Crearon la Sociedad de Naciones. Ilegalizaron la guerra.

Sabemos lo que aconteció.

El Tratado de Versalles acabó con una guerra, pero preparó otra.  
Y esa guerra fue aún peor que la anterior.  
Europa se salvó por poco otra vez de la devastación material y moral.

Del gran sueño de paz que había alimentado las esperanzas de una generación malherida, no quedaron de nuevo más que montones de ruinas, lágrimas, millones de muertos y el atroz recuerdo de la Shoah.

No obstante, algo sobrevivió a ese fracaso.  
Los redactores del Tratado de Versalles estuvieron en lo cierto al menos sobre un punto: "La paz universal sólo puede fundarse en la justicia social".

De esta idea fuerte, nació la Organización Internacional del Trabajo, la única institución internacional creada tras la I Guerra Mundial que aún sigue existiendo.

Por mucho que Saint Just arguyera que la felicidad se había convertido en una idea nueva en Europa gracias a la Revolución, en 1919 la guerra total y la producción de masa ya habían hecho olvidar desde hace mucho tiempo la historia de los ideales de los hombres del 89. La creación de la OIT reafirmó que el hombre debía dejar de ser considerado como un medio y ser considerado como un fin en sí.

Desde sus orígenes, la OIT ha tenido la vocación de oponer el trabajo como medio de realización y de emancipación a la alienación y a la sumisión, convertir la justicia social en una de las vías de la paz. Y ésta sigue siendo su vocación.



Las ardientes convicciones de unos hombres lúcidos y valientes no bastaron para conjurar la tragedia cuando las democracias se negaron a hacer todo lo posible para defender sus valores. Entre esos hombres lúcidos y valientes, cómo no citar a Albert Thomas, el primer director de la OIT.

Quiero rendir homenaje a esa gran figura del socialismo europeo, a ese amigo de Jaurès que durante toda la vida quiso superar la lucha de clases, que pensaba que "cuando los hombres se encontraban cara a cara y se hablaban, aunque sus intereses fuesen opuestos, ya se había dado un gran paso para los entendimientos necesarios".

Él estableció esta institución internacional tan original, la única, incluso hoy en día, donde se reúnen los representantes de Estados, la patronal y los asalariados. Le dio vida. Le dio crédito. La inscribió en el tiempo. Inventó el diálogo social a escala internacional.

¿Por qué las democracias se vieron tan desarmadas ante la crisis de los años treinta y ante sus terribles consecuencias sociales y políticas?

La respuesta es sencilla: los Estados y los Gobiernos no cumplieron con los compromisos que habían tomado.

En 1925, Albert Thomas escribe: "busco difícilmente el camino que lleva a la ratificación de los convenios".

También milita por la organización de Europa.

Nada cambia.

Se impacienta tanto que en 1930 se exclama: "si dejamos pasar los años, los peligros de conflagración aparecerán de nuevo...".

Tenía razón. Había que inventar un mundo nuevo lo más rápido posible, antes de que el viejo explotara en la cara de todos.

Muy pocos lo entendieron y entre quienes lo entendieron, muchos no se atrevieron.

Planteo una pregunta: ¿vamos a aprender de la Historia para que no vuelva a empezar? ¿O vamos a cometer de nuevo todos los errores del pasado con consecuencias que podrían resultar desastrosas?

Ahora que la economía mundial está sumida en una crisis sin precedentes desde la II Guerra Mundial, ¿podemos esperar?

Ante la miseria, el hambre, el trabajo forzado, las condiciones de vida degradantes que padecen tantas mujeres y hombres en el mundo, ¿tenemos derecho a esperar?

Ante el calentamiento del planeta y las amenazas que genera para la estabilidad del mundo y la supervivencia de parte de la humanidad, ¿tenemos tiempo para esperar?

Ante el agotamiento de los recursos no renovables, ¿hasta cuándo debemos esperar para producir de otro modo, para vivir de otro modo, para desarrollar otras energías?

Ante un capitalismo financiero enloquecido por no estar sometido a ninguna regla y del que empezamos a tomar conciencia de lo destructor que puede resultar. ¿es razonable seguir esperando?

¿Hay que esperar a que la crisis económica, financiera, social, ecológica se transforme en una gran crisis política a escala planetaria para decidirnos por fin a cambiar arriesgándonos a que



sea demasiado tarde?

¿No hemos esperado bastante para regular una mundialización que, junto a la abundancia de riquezas que permite crear, aumenta las bolsas de miseria y de frustración?

La regulación de la mundialización es la cuestión capital.

El mundo no puede estar gobernado únicamente por la ley de la oferta y la demanda.

La mundialización no puede servir de excusa a todas nuestras renunciaciones políticas, intelectuales y morales. Sin embargo, a ello nos condena la ausencia de regulación mundial.

Osaría añadir que la mundialización no sobrevivirá a la ley de la jungla, porque no puede haber libertad sin reglas.

La OIT siempre ha defendido esta tesis, no sin valentía, a pesar de ir a contracorriente de una ideología dominante firmemente arraigada en los espíritus y en las instituciones mundiales.

En junio de 2004, Philippe Seguin, poco después de ser elegido Presidente del Consejo de Administración de la OIT ya había declarado: "la prioridad de la OIT es responder a la necesidad de regulación de la mundialización".

Resultaba premonitorio en una época no tan lejana, cuando pocos responsables políticos y económicos en el mundo tomaban realmente en serio esta cuestión. Desde entonces, han respondido en parte con la "Declaración sobre Justicia Social para una Mundialización Equitativa". Queda aplicarla, al igual que aún hay que aplicar las decisiones tomadas por el G20 sobre regulación financiera.

Todo está relacionado. Los dumpings, ya sean monetarios, sociales o medioambientales, no sólo deben considerarse distorsiones de la competencia que provocan pérdidas para las empresas que las sufren. También generan costes sociales y humanos considerables.

El trabajo infantil no es sólo competencia desleal. También impide a los niños ir a la escuela e instruirse.

Hay dos tipos de mundialización.

La que impulsa el crecimiento externo y en la que cada uno intenta hacerse con los empleos y los mercados de los demás por todos los medios.

La que privilegia el crecimiento interno, es decir un modelo de desarrollo en el que cada uno produce más y consume más, contribuyendo al desarrollo de todos.

La primera lleva al extremo la lógica de la competitividad a toda costa recurriendo a todo tipo de dumpings, a políticas comerciales agresivas, a la destrucción del poder adquisitivo y del nivel de vida.

La segunda se funda en el aumento de la productividad, la mejora del nivel de vida, la mejora del bienestar.

La primera es conflictiva.

La segunda es cooperativa.

La primera opone progreso económico y progreso social.

La segunda, al contrario, los une.

Hoy, el desafío consiste en pasar de la mundialización de la primera lógica a la segunda.

Quienes no quieren cambiar nada argüirán que es quimérico.



Estoy convencido de que hoy lo quimérico, lo irresponsable es creer que la crisis es un paréntesis y que todo volverá a ser como antes.

Lo quimérico y lo irresponsable es creer que este sistema de especulación, de rentas y de dumpings que ha encerrado a la mundialización en un callejón sin salida va a poder continuar de forma indefinida, que vamos a poder seguir apostando todo por el capital financiero y nada por el trabajo, que los mercados financieros van a poder seguir imponiendo a toda la economía, a toda la sociedad, su obsesión de rentabilidad a corto plazo dopada por un inmenso auge de la deuda.

Lo quimérico y lo irresponsable es creer que los pueblos padecerán sin decir nada las consecuencias dolorosas de la crisis, que no reclamarán más protección y justicia, que soportarán de nuevo, como si nada, los contratos blindados y los descomunales beneficios de los especuladores pagados por su trabajo y por sus esfuerzos.

Creo profundamente que habrá en el mundo del futuro una exigencia de racionalidad que se expresará con tanta fuerza que nadie podrá escapar a ella. En nombre de esa exigencia de racionalidad, ya no se tolerarán determinados comportamientos. De hecho, lo han presentado al poner de manifiesto el concepto de "trabajo decente".

Lo digo sopesando mis palabras.  
Habrá razón o habrá revuelta.  
Habrá justicia o habrá violencia.  
Habrá protecciones razonables o habrá proteccionismo.

Necesitamos reglas que se conviertan en normas y que se impongan a todos. El objetivo no es armonizar cada detalle de las legislaciones laborales. No se trata de imponer las normas sociales de los países más ricos a los más pobres, sino de crear entre las naciones un sistema de reglas que permita a todos mejorar el mundo en vez de hacerlo empeorar.

¿Cómo entender que unos cincuenta Estados aún no hayan ratificado los convenios que definen los derechos laborales fundamentales? ¿Qué mundo queremos? Ésta es la pregunta que debemos plantearnos todos. Francia responde comprometiéndose a ratificar próximamente el Convenio sobre Trabajo Marítimo y el Convenio Marco sobre Sanidad.

El problema de las normas sociales y medioambientales es uno de los más difíciles. Nos obliga a interrogarnos sobre lo que hemos de llamar "mercantilización del mundo", es decir la extensión progresiva de la esfera mercantil a todas las actividades humanas, una de las características principales de la mundialización de los últimos 27 años y que ha impuesto el derecho comercial sobre todo.

Pero la sanidad, la educación, la cultura, la biodiversidad, el clima, el trabajo no son una mercancía cualquiera. Sabemos cuánta energía ha invertido Francia para que se reconozca el respeto de la diversidad cultural. Francia invertirá la misma energía para obtener la igualdad del derecho sanitario, el derecho laboral, el derecho medioambiental y el derecho mercantil. Invertirá la misma energía en luchar contra la tentación del proteccionismo y en defender la idea de que la OMC no puede ser la única que decida todo y que cada institución especializada debe participar en la definición de las normas internacionales y en su aplicación.



El Fondo Monetario Internacional, la Organización Mundial de la Salud y la Organización Internacional del Trabajo necesitan más poder y más medios para que las normas que dictaminan no queden en papel mojado. Cuando hayamos logrado un acuerdo ambicioso sobre clima en Copenhague, habrá que crear una auténtica Organización Mundial del Medio Ambiente, capaz de aplicar los compromisos tomados, lo espero, por todos.

La gobernabilidad mundial del siglo XX no puede ser la del siglo XXI. Ya hemos esperado demasiado.

Solicito incluir a los grandes países emergentes en la gobernabilidad mundial. Hemos esperado demasiado para que estén presentes junto con los miembros permanentes del Consejo de Seguridad. Hemos esperado demasiado para ampliar el G8 a 13 ó 14 miembros.

¿Cómo podemos querer gobernar el mundo dejando de lado a más de la mitad de la humanidad?

Solicito que el libre comercio se someta a una exigencia de reciprocidad. Para este punto, también hemos esperado demasiado hasta desnaturalizar el libre comercio y poner en su contra a quienes deberían ser sus más ardientes defensores.

Solicito que las intervenciones del FMI, del Banco Mundial, de los bancos de desarrollo y del PNUD se sometan a una condicionalidad medioambiental y a una condicionalidad social.

No es normal que el FMI o el Banco Mundial socorran a un país sin poder pedirle que respete reglas elementales en materia de medio ambiente, derecho laboral o sanidad pública.

No podemos aceptar que la ayuda internacional fomente el trabajo forzado, el trabajo infantil o una polución que amenaza el futuro del planeta.

Pero no podemos tratar el problema de la condicionalidad social o medioambiental sin plantear la dolorosa cuestión de las políticas de ajuste. Porque no puede pedirse a un país que respete determinadas exigencias sociales y a la vez imponerle, como se hizo demasiado a menudo en el pasado, planes de ajuste con consecuencias sociales y humanas desastrosas. Para poder dar lecciones, las organizaciones internacionales deben aplicarlas primero a ellas mismas.

Tampoco podemos exigir a los países pobres y a los países emergentes esfuerzos que no podrían acometer sin destruir definitivamente su economía y su potencial de desarrollo. Los esfuerzos requeridos deben ser razonables y progresivos, y a todo esfuerzo debe corresponder una ayuda al desarrollo mayor, es decir que sólo podrá avanzarse por el interés de todos si se comparte el esfuerzo, si los países más avanzados son capaces de compartir sus rentas, mostrar una solidaridad y una generosidad bien entendidas. No habrá progreso si la ayuda al desarrollo se estabiliza en el nivel actual y si las condicionalidades medioambientales y sociales no se consideran complementos indispensables. Sin éstas, la mundialización está condenada al fracaso.

Quisiera proponer otra revolución en la gobernabilidad mundial para que las normas inscritas en los acuerdos internacionales se apliquen de forma efectiva. ¿Para qué sirven las normas no obligatorias?

Esta revolución se funda en la idea de que las instituciones especializadas deben poder intervenir en los litigios, particularmente en los litigios comerciales, mediante cuestiones prejudiciales.



¡Construyamos juntos esta nueva gobernabilidad mundial para que la OIT pueda hacerse oír ante la OMC, el FMI y el Banco Mundial cuando estén en juego las normas fundamentales que se encarga de hacer respetar! La comunidad internacional no puede ser esquizofrénica e ignorar lo que promueve en la OIT, en la OMC o en las instituciones de Bretton Woods. El objetivo de la consulta prejudicial es evitar que esto se produzca.

Así, el juez del comercio ya no sería el único que tomaría decisiones.

Así, el derecho mercantil ya no sería el único que prevalecería.

Así, la OIT sería consultada obligatoriamente cada vez que se plantease una cuestión sobre el respeto de los derechos laborales fundamentales en un litigio entre Estados. El FMI sería consultado obligatoriamente cuando se plantease una cuestión relativa al dumping monetario o a lo que podría calificarse como "dumping prudencial". La futura Organización Mundial para el Medio Ambiente sería consultada obligatoriamente en materia de dumping medioambiental. Así, la lógica mercantil ya no podría imponerse sobre todas las demás y todas las reglas se convertirían en normas reales que cada institución internacional especializada se esforzaría en aplicar dentro de su ámbito de competencia.

Naturalmente, no resolveremos nada si primero no resolvemos la cuestión del capitalismo financiero que impone a la economía y a la sociedad su propio sistema y sus propias normas. Las reuniones del G20 en Washington y en Londres quedarán en la historia como etapas decisivas en la reconstrucción de un nuevo orden mundial, a condición de mantener los compromisos allí tomados. Ya han cambiado muchas cosas, pienso en particular en los paraísos fiscales. Pero habrá que ir mucho más lejos en muchos ámbitos para reconstruir un sistema financiero que financie más a los emprendedores y no a los especuladores.

Hay que revisar todo: la vigilancia prudencial de los bancos, la reglamentación de los hedge funds, la organización de los mercados, las reglas contables, los modos de remuneración. Ha llegado la hora de ir lo más lejos posible. No es el momento de retroceder. No tenemos tiempo que perder. Hemos estado al límite de la catástrofe. ¿Hay que arriesgarse a empezar de nuevo? Sé que hay una tentación de reducir el alcance de lo decidido en determinadas esferas y administraciones, ahora que los mercados han mejorado algo y que los especuladores vuelven a especular.

Ceder a esa tentación sería un error.

Lo digo a todos los jefes de Estado y de Gobierno del G20: cada uno de nosotros tiene la responsabilidad histórica de llegar hasta el final de lo que emprendimos, de impedir que ningún grupo de presión, ninguna burocracia, ningún interés particular lo obstaculice.

Quiero decir al Presidente de Estados Unidos que su país debe ser el más ambicioso, porque es su vocación, porque su papel es liderar el movimiento, porque debemos el multilateralismo y la idea de una regulación y de una gobernabilidad mundiales a los Estados Unidos de Wilson y de Roosevelt.

Quiero decir a todos los jefes de Estado y de Gobierno de la Unión Europea que Europa debe ser ejemplar, porque así será más fiel a sus valores y podrá compartirlos.

¿Que podría decir al mundo una Europa que ni siquiera sería capaz de establecer una regulación y un regulador europeo?

Quiero decir a todos aquellos que temen el cambio que es necesario para restablecer la confianza y que lo más arriesgado sería no cambiar.



Quiero decirles que Francia velará para no dejar de lado ningún debate, para no eludir ninguna cuestión.

Fíjense en el debate sobre la tasa Tobin, una tasa para frenar la especulación. No sé si es una buena idea. No sé si es factible. ¿Pero quién entendería que se olvidara ese debate?

En todo caso, han de saber que no permitiré que el impuesto sobre el CO2 corra la misma suerte que el debate sobre la tasación de la especulación. Porque el impuesto sobre el CO2 es la condición de una competencia leal y de un esfuerzo compartido para salvar el planeta.

Es urgente plantear y responder a esta pregunta, si el día de mañana no se quiere escoger entre libre comercio y lucha contra el calentamiento del planeta, algo claramente absurdo.

Francia desea promover el debate sobre la reforma de la gobernabilidad mundial. Quiere promover el debate sobre la reciprocidad y la condicionalidad medioambiental y social.

También hago hincapié en la necesidad de avanzar en la reforma –¿me atreveré a decir en la refundación?– del sistema monetario internacional. ¿Cómo no ver que el primero en pagar las consecuencias del desorden monetario siempre es el trabajo? ¿Cómo no ver hoy que el papel más importante, ante la deslealtad de la competencia mundial, lo desempeñan las monedas?

En el futuro, el G20 también debería tratar esta cuestión. Al igual que hará mucha falta tomar más en cuenta la dimensión social de la crisis y del nuevo orden mundial que prevé construir.

Me he esforzado para que el Director General de la OIT participe en la reunión de los jefes de Estado y de Gobierno en las mismas condiciones que el Director General del FMI o el Director General de la OMC. Seguiré trabajando –porque a mi parecer es una necesidad absoluta– para que el trabajo sea un tema de reflexión central y no se considere un problema secundario.

Deseo que la OIT haga propuestas concretas para que la promoción del trabajo decente sea un componente central de las reglas que mañana fundarán un orden mundial más respetuoso con el hombre.

La crisis de los años treinta nos enseña que no hay que responder a la crisis imponiendo a los asalariados sacrificios tan pesados, porque la recuperación sería difícil, incluso imposible. Francia también defiende la adopción por la Conferencia Internacional del Trabajo de "Conclusiones" sobre un "Pacto Mundial para el Empleo". Desea que ese Pacto para el Empleo se debata en el marco de una "Comisión sobre Empleo" donde la OIT y los colaboradores sociales participarían para preparar la próxima Cumbre de G20.

Esos debates son esenciales.  
En ellos se juega nuestro futuro.

Soy consciente de la ruptura que exigen dichas revoluciones de la regulación y de la gobernabilidad mundial en los hábitos, los comportamientos y las maneras de pensar.

No subestimo las posibles objeciones, ni los temores que pueden generar, particularmente en los países en vías de desarrollo o en los países emergentes.

Sé que muchos socios de Francia no estarán de acuerdo de primeras para ir tan lejos. Pero Francia debe mostrar el camino y promover el debate. Francia no tendrá razón sola. ¿Pero si no abrimos estos debates ahora que la crisis obliga a todo el mundo a interrogarse, cuándo lo haremos?



A quienes abordan con desconfianza la conferencia de Copenhague sobre Clima,  
A quienes dudan en conferir más poder de regulación al FMI,  
A quienes retrasan sin cesar la ratificación de los convenios de la OIT,  
A quienes ven la creación de una Organización Mundial para el Medio Ambiente como una amenaza para el libre comercio y como una traba para el crecimiento económico,  
Quiero decir que lo único que deben temer es el inmovilismo.

El Presidente Roosevelt se lo dijo a los estadounidenses en 1933 en su discurso de investidura:  
" la única cosa de la que debemos tener miedo es del miedo mismo".

Para salir de la crisis, para restablecer la confianza, para que miles de millones de hombres puedan de nuevo ver el futuro como una promesa, debemos cambiar de modelo de crecimiento. No lo lograremos si no conseguimos regular la mundialización. Debemos recordar que la democracia, la libertad, la apertura, el progreso social no son en modo alguno experiencias irreversibles.

Quisiera concluir mi discurso citando a Francis Blanchard, gran Director General de la OIT, que durante 15 años dejó la huella de su fuerte personalidad y de su compromiso total. Escribe al final de sus Memorias: "el problema no son los objetivos fijados en tantas declaraciones solemnes y agendas, sino su seguimiento y los medios que sólo una voluntad política fuerte podría desplegar en ámbitos vitales y de forma urgente. Es necesario que los discursos sean acompañados por compromisos precisos para quitar los cerrojos las puertas que obstruyen las vías del desarrollo sostenible".

Pensaba en la ayuda pública al desarrollo, el agua, la lucha contra el sida, la educación, la cultura, la energía, la vivienda, el empleo... Desde 1976, la OIT había subrayado que era necesaria una estrategia que abarcara al tiempo todas estas necesidades esenciales. ¿Qué hemos hecho desde entonces?

Retomo sus propias palabras para hacer justicia a la OIT que "tuvo la gran equivocación de tener razón demasiado temprano". No esperemos a que sea demasiado tarde para actuar.

¿Qué mundo dejaríamos a nuestros hijos si ni siquiera fuéramos capaces de ponernos de acuerdo sobre la limitación de los gases de efecto invernadero, los paraísos fiscales o sobre principios tan fundamentales como la libertad sindical, la prohibición del trabajo forzado, la abolición del trabajo infantil o la eliminación de las discriminaciones laborales, al menos como objetivos que todos quisiéramos alcanzar?

¿Qué responsabilidad tendríamos ante las generaciones futuras y ante nuestra propia conciencia si renunciásemos a ello?/.